

ORACION XXXI, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(De San Anselmo.)

¡Oh Virgen gloriosísima! ¡Ojalá que mi corazón estuviese siempre encendido en vuestro amor, y mi alma se conservase siempre devota á vos! ¡Oh tierna y divina Madre mia! Ya que sois tan poderosa cerca de Dios, concededme que os ame tanto, cuanto sois digna de ser amada. Jesucristo, vuestro adorable Hijo, que ha amado á los hombres hasta morir por ellos en la cruz, ¿podrá rehusarme, si vos le pedis una gracia que tanto interesa á su gloria, y que se la pido con tanta instancia? No. Haced, pues, oh María, que yo viva en vuestro amor y en el de vuestro Hijo, á fin de que abrasado con él, pueda vivir eternamente en el reino de los cielos. Amen.

EJERCICIO XXXII.

PARA EL DOMINGO TERCERO DES-
PUES DE PENTECOSTES.



INSTRUCCION TRIGESIMASEGUNDA SOBRE EL AMOR DE
ESTIMACION DEBIDO A LA VIRGEN SANTISIMA.

*Præposui illam regnis, et sedibus,
et divitiis nihil esse duxi in com-
paratione illius.*

La preferí á los cetos y á los tró-
nos, y en su comparacion tuve en
nada las riquezas. (*Sap. cap. 7, v. 8.*)

Si el amor de estimacion está fundado en las perfecciones de la persona amada, y debe medirse por la escelencia y por el número de sus perfecciones, ¿á qué grado debe subir el que hemos de tener á la Virgen Santísima, pues que nada hay en las criaturas que pueda compararse con sus perfecciones, sea por su número ó sea por su escelencia? Cuando llegásemos á reunir todas las perfecciones de los ángeles y de los hombres, es bien seguro que todas ellas no igualarian á una sola de las perfecciones de María. Ella es incomprendible á los mas al-

tos serafines; y por consiguiente ni estos pueden amar á la Virgen con todo el amor de estimacion de que es digna. Solo Dios la conoce perfectamente. Su mérito extraordinario ofusca el mérito de los ángeles y de los santos, del mismo modo que la luna en su brillante resplandor eclipsa la débil luz de las estrellas. Por esta causa el amor de estimacion debido á María, despues del que se debe á Dios, ha de oscurecer todo otro amor.

Los que temen que espresándonos así demos lugar á que la grandeza del Hijo se confunda con la de la madre, pueden muy bien deponer sus temores; porque entre el Hijo y la Madre hay siempre un inmenso intervalo. Pues ¿quién ignora que las perfecciones del Hijo son infinitas, y las de la Madre finitas? Esta sola reflexion basta para apartar de nuestro espíritu la idea de esa especie de igualdad, que acaso se podria temer que tratamos de establecer entre el Hijo y la Madre. Solo un entendimiento muy preocupado y un corazon no muy dispuesto á recibir las verdades divinas puede oponer semejantes dificultades. Por esto no debemos sorprendernos de que las opongan los hereges, á los cuales el demonio ha inspirado una porcion de su veneno contra la Virgen; pero

seria la cosa mas sensible que los católicos pudiesen adoptarlas por ignorancia ó mala inteligencia.

Por lo demas, cuando parece que atribuimos á la Virgen Santísima perfecciones que rayan á lo infinito, no deben nuestras espresiones entenderse al pié de la letra: nos espresamos así para denotar una grandeza y una escelencia que sobrepuja á todo lo que puede comprender el espíritu de los hombres y aun el de los ángeles; y para dar á entender que la diferencia de perfeccion entre la Virgen Santísima y las demas criaturas es tan grande, que á falta de palabras propias para espresarla con exactitud, hemos de valernos de los términos inmenso, incomprendible, infinito; bien convencidos de que los fieles no ignoran el sentido en que deben tomarse estas palabras, y los límites en que deben contenerse.

Tambien es propio este lugar para hacer una reflexion importante. Cuando atribuimos á la Virgen perfecciones que sobrepasan á la inteligencia de los ángeles y de los hombres, ¿á quién se dirige la gloria principal? ¿Es á la Virgen Santísima ó á su Hijo Jesucristo? ¿Es por ventura la misma Virgen la que se ha hecho tan santa, tan poderosa, tan admirable, tan

prudente, tan amable; ó bien es su Hijo Dios el que la ha hecho tal? Todo lo que se dice en honor de la Madre, escribe San Bernardo, resulta en honor del Hijo: todas las alabanzas que damos á la Madre pertenecen al Hijo: *quidquid laudis Matri proferimus, ad Filium pertinet*. Arnaldo de Chartres se expresa en términos todavía mas fuertes. “Hablo, dice, de la gloria del Hijo, no basta persuadirnos que es comun á la Madre; no debemos dudar de que sea la misma.” *Filii gloriam ejus Matris non tam communem judico, quam eandem*. Bajo este supuesto, cuando anunciamos la gloria de la Virgen Santísima, publicamos la gloria del mismo Dios: la hermosura de la obra honra al artifice que la ha hecho: disminuir la gloria de María sería rebajar la gloria de su autor: cuanto mas se pondere la gloria de la Madre de Dios, tanto mas brillará el poder del mismo Dios: todo lo que hay de grande en la Madre del eterno Verbo le viene de su Hijo: todo lo que hay de excelente en la Esposa del Espíritu Santo le viene de su divino Esposo. Por esta razon todas las grandezas que publicamos de la Virgen Santísima redundan en gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que se han com-

placido en hacer de esta Hija, de esta Madre, de esta Esposa, un objeto digno de la admiracion del cielo y de la tierra. Todo el temor que tienen algunos de que las alabanzas que se tributan á María sean excesivas, proviene de que no han formado una justa idea de la inefable grandeza de la Madre de Dios.

Dios que ha querido hacer de la santa humanidad de Jesucristo la obra maestra de su poder, de su magnificencia y de su bondad, y que ha agotado en cierto modo sus tesoros para que esta humanidad unida al Verbo fuese un objeto incomprendible de la adoracion y del amor de los ángeles y de los hombres; quiso asimismo que la Madre de este Hijo adorable participase de la infinita grandeza del Verbo de un modo digno de tal Madre; y ha hecho de la misma una segunda obra maestra de su poder, de su magnificencia y de su bondad, inferior en verdad hasta á las perfecciones criadas de su Hijo, pero tan superior á las de toda otra criatura, que no hay en nosotros palabras suficientes para expresar su grandeza y su excelencia.

Concluyamos, pues, para establecer la regla del amor de estimacion que se debe á la Virgen Santísima, que hemos de amarla mas que

á todas las criaturas del cielo y de la tierra: que hemos de preferirla á todos los ángeles y santos; en una palabra, que despues de Dios hemos de amarla con todo el amor posible de estimacion y de preferencia.

¡Oh Dios mio! Dignaos iluminarnos sobre esta materia, y hacednos conocer cuál es la grandeza y la escelencia de esta Virgen que habeis elevado á la dignidad de Madre vuestra. Nuestras palabras serán siempre muy débiles para espresar de un modo digno la inmensa grandeza de María.

EJEMPLO XXXII.

(*Conducta piadosa de un noble jóven en honor de María.*)

Un jóven caballero genovés, viajando por mar, se puso á leer un libro obsceno que le gustaba sobremana. Un religioso que iba en su compañía le dijo: "¿No quisiérais dar alguna cosa á la Virgen Santísima?" "Sí:" respondió el jóven. "Pues bien: yo quisiera que por amor á la misma hiciéseis pedazos ese libro, y lo arrojáseis al mar." "Aquí lo teneis, padre mio, haced de él lo que querais." "No, respondió el religioso: yo quiero que séais vos mismo el que ofrezca este sacrificio á María." Dicho esto, el jóven arrojó al punto el libro al mar: y luego de haber llegado á Génova, la Madre de Dios tocó de tal modo

su corazon, que resolvió abrazar el estado religioso. Amemos, pues, á María: prefirámosla á todo lo que mas apreciamos: nuestro amor y nuestra estimacion á esta divina y buena Madre no quedarán por mucho tiempo sin recompensa. (*De San Ligorio.*)

PRACTICA XXXII, EN HONOR DE MARIA.

(*De San Gerardo, primer obispo de Hungría.*)

Haceos un deber de no negaros á cosa alguna de todo cuanto se os pida en honor de la Virgen Santísima ó en su nombre. San Gerardo, primer obispo y mártir de Hungría, se habia acostumbrado de tal modo á esta práctica, que ni una sola vez faltó á ella. Se puede encargar, en recompensa de lo que se da, que se rece una *Ave María*.

ORACION XXXII, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(*De San Proclo.*)

¡Oh Santísima Virgen, Madre de Dios! Socorred á los que imploran vuestra asistencia: dirigid sobre nosotros vuestras miradas compasivas. Vos conoceis bien los peligros de que estamos rodeados, y el miserable estado á que vuestros siervos se hallan reducidos. Vuestra gran misericordia no perderá de vista nuestra miseria. Nosotros os amamos y nos acogemos bajo el manto de vuestra proteccion. Sednos, pues, propicia, á fin de que podamos veros en el cielo; porque esta es nuestra mayor dicha despues de la incomparable que tendremos viendo á Dios vuestro Hijo. Amen.

EJERCICIO XXXIII.

PARA EL DOMINGO CUARTO DES-
PUES DE PENTECOSTES.



INSTRUCCION TRIGESIMATERCIA SOBRE EL AMOR DE
AFECTO Y TERNURA QUE SE DEBE A LA VIRGEN SAN-
TISIMA.

*Surge, amica mea, speciosa mea,
et veni. ostende mihi faciem
tuam. facies enim tua decora.*

Levántate, ven, amiga mía, her-
mosa: muéstrame tu semblante, que
es bello y agraciado. (*Cant. cap. 2,
vs. 13 y 14.*)

EL amor de afecto y de ternura se funda por una parte en las calidades de la persona amada, calidades de que hemos hablado en la instrucción precedente con respecto á la Virgen Santísima; y por otra en las relaciones y lazos que nos unen á la misma. Vamos, pues, á hablar en esta instrucción de las relaciones y lazos que nos unen estrechamente á María; y la esposición que haremos nos convencerá de que nada hay en el mundo que sea mas capaz de escitar en nuestros corazones el amor mas dulce, mas tierno y mas vivo: amor que han te-

EJERCICIO XXXIII.

325

nido en realidad una infinidad de santos, y que tienen todavia innumerables almas justas en la Iglesia de Jesucristo.

Hablando de hermosura, cuando se trata de la Virgen Santísima, hemos de apartar de nuestra imaginacion toda idea de una hermosura mortal y terrena: porque la de María es una hermosura toda celestial, toda angelical, toda divina: es una hermosura semejante á la de la humanidad de Jesucristo, la cual encanta los ojos y los corazones de los bienaventurados, los llena de admiracion y les hace gustar una dulzura y ternura inefables. La hermosura de la Virgen es semejante á la de su hijo, y produce proporcionalmente los mismos efectos.

El Espíritu Santo llama á María *toda hermosa*; y en efecto reúne todas las bellezas, la belleza del alma, la belleza de todas las virtudes, la belleza de todos los dones divinos, todas las bellezas de la naturaleza, todas las bellezas de la gracia, todas las bellezas de la gloria: bellezas sin mancha, bellezas sin defecto, bellezas inalterables, bellezas incorruptibles, bellezas inmortales, bellezas las mas propias para arrebatarse los espíritus y los corazones. El mismo Espíritu Santo dice de la Virgen Santísima que es hermosa como la luna: *pulchra*

ut luna; y escogida como el sol: *electa ut sol*; para darnos á entender por medio de estas comparaciones la escelencia de la hermosura de María, ante la cual se disipa toda otra hermosura, así como el resplandor de las estrellas desaparece á la brillante luz del sol y de la luna.

A esta incomparable hermosura de la reina del universo se debe añadir su dulzura inefable: esta perfeccion de dulzura en una persona que por otra parte es ya del todo amable, es la mas propia para escitar el mas puro y tierno amor. Ahora pues: esta perfeccion se halla en la Virgen Santísima en un grado eminente, y forma uno de los mas bellos rasgos de su carácter. Jamas ha habido corazones mas unidos y semejantes entre sí, que los corazones de Jesus y de María: el corazon de Jesus fué el mas dulce de todos los corazones; y por consiguiente debemos asegurar á proporcion lo mismo hablando del corazon de María: la dulzura de todos los demas corazones nada tiene que pueda compararse con los de Jesus y de María: Jesucristo dió á sus discípulos esta leccion: "Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazon."

Si alguno puede gloriarse de haber aprendido bien esta leccion, es sin duda la Virgen San-

tísima, la mas perfecta imitadora de Jesucristo, en quien habia tenido durante el curso de treinta y tres años un modelo todo divino de humildad y de dulzura. Por lo mismo no se puede dudar que María poseyó esta virtud en el mas alto grado de perfeccion. La Iglesia se la atribuye especialmente en las alabanzas que le tributa, llamándola dulzura y vida nuestra: *vita et dulcedo nostra*: Madre de bondad y de misericordia; *Mater misericordiae*. ¡Oh María, esclama en la antífona que canta al fin del oficio divino en la mayor parte del año, oh María, llena de clemencia, llena de piedad, llena de dulzura: *ó clemens, ó pia, ó dulcis Virgo Maria!* y en el himno que canta en las vísperas del oficio de la Virgen Santísima, esclama: ¡Oh Virgen sin igual que sobrepujais en dulzura á todas las criaturas: *Virgo singularis, inter omnes mitis!* La misma Iglesia repite estos elogios en las letanías de la Virgen: llena de clemencia: *Virgo clemens*: consuelo de los afligidos: *consolatrix afflictorum*. Esta amable calidad de dulzura y de misericordia es tan propia de María, que cuando uno quiere imaginarse la dulzura en toda su perfeccion, no puede imaginársela mas eminente que la de la Virgen. Toda su persona, su semblante, sus mira-

das, sus acciones sus pasos, sus misterios, su vida entera no respiran sino *dulzura, clemencia, misericordia*: su recuerdo, su nombre, sus imágenes, infunden esta impresion en todos los corazones: no se puede pronunciar su nombre, ni mirar sus imágenes, sin experimentar estos dulces sentimientos: los fieles siervos de María obtienen todos los dias nuevas pruebas de esta verdad.

EJEMPLO XXXIII.

(Una pastora colmada de beneficios por María.)

El padre Auriemma refiere la historia de una pobre pastora, que tenia un afecto muy tierno á la Virgen Santísima: toda su dicha consistia en poderse retirar á una pequeña capilla de Nuestra Señora, situada en la cumbre de una montaña, y mientras que sus rebaños pacian por aquellos contornos, ella pasaba horas enteras en la capilla, entregada á dulces ocupaciones en honor de su buena Madre. La imagen de la Virgen Santísima era de bulto, y no tenia adorno alguno. La pastora la hizo un manto de un pedazo de tela, la mas fina que pudo encontrar: otro dia cogió flores de los campos, de las que compuso una guirnalda, y la colocó en la cabeza de la misma imagen, diciéndola: "Yo quisiera, Madre mia, poder coronaros con una diadema de oro y de piedras preciosas; pero como no soy sino una pobre pastora, tampoco puedo ofrecerlos mas que una corona de flo-

EJERCICIO XXXIII.

329

res: aceptadla tal cual es, como una prenda del amor que os tengo." Con semejantes obsequios se esforzaba la inocente jóven en honrar á su divina Señora. La Santísima Virgen quiso recompensar sus visitas y su afecto: la pastora cayó enferma, y se hallaba en los últimos apuros, cuando pasando casualmente por aquel parage dos religiosos y hallándose fatigados del camino, se sentaron debajo de la sombra de un árbol para descansar: el uno se durmió, el otro permaneció despierto, y los dos tuvieron una misma vision: vieron una procesion de vírgenes hermosísimas, y en medio de ellas habia una que las sobrepujaba á todas en hermosura y magestad. Uno de los religiosos, dirigiendo su palabra á esta, le preguntó qué era aquello y á dónde iban. "Yo soy, respondió, la Madre de Dios, y voy con estas vírgenes que me acompañan á visitar á una pobre pastora moribunda, que en su estado de salud me visitaba muy á menudo." Dicho esto, desapareció la vision. "Vamos á ver á la pastora," dijeron los religiosos. Se pusieron en camino, y Dios los guió hácia la casa donde estaba la enferma: la encontraron recostada sobre un poco de paja: la saludaron, y ella les correspondió, diciéndoles: "Hermanos míos, rogad á Dios que os deje ver la compañía en medio de la cual me hallo." Los religiosos se arrodillaron, y habiendo el Señor ilustrado sus espíritus, vieron á María que estaba en la cabecera de la cama de la moribunda, teniendo en la mano una corona: luego la Madre de Dios y las vírgenes que la acompañaban entonaron un himno: á la voz de este canto celestial, el alma de

la pastora rompió los lazos de la carne; Maria la recibió en sus brazos, le puso la corona y se la llevó al cielo. (*El padre Auriemma.*)

PRACTICA XXXIII, EN HONOR DE MARIA.

(*De Santa Magdalena de Pazzis.*)

Consagraos todos los dias á María por medio de una breve oracion ó jaculatoria. Esta práctica es muy agradable á la Virgen Santísima, y muy útil á los que la observan. Santa Magdalena de Pazzis repetía muchas veces todos los dias: “¡Oh María! Yo me entrego enteramente á vos: recibidme bajo vuestra proteccion y conservadme.”

ORACION XXXIII, A LA VIRGEN SANTISIMA.

(*De San Metodio.*)

¡Oh Madre de Dios! Vuestro nombre encierra todas las gracias y bendiciones divinas: vos llevásteis en vuestro seno al que es incomprendible, y alimentásteis al que alimenta todas las criaturas. El que llena los cielos y la tierra, que es el soberano Señor de todas las cosas, ha querido recibir de vos, cuando le disteis, el vestido de la carne, que antes no tenía. Alegraos, ¡oh Madre de Dios! alegraos: vos teneis en cierto modo por deudor al que da el ser á todas las

criaturas. Todos nosotros somos deudores á vos; pero puede decirse que Dios ha querido serlo vuestro. Así, pues, ¡oh Madre amantísima! vuestra caridad y vuestro crédito con Dios sobrepujan á la caridad y al crédito de todos los santos. Nosotros celebramos vuestra gloria: sabemos cuánta es vuestra bondad, y por lo mismo os suplicamos que os acordeis de nosotros y atendais á nuestras miserias. Amen.